16. Exhalación eterna

«Entonces el Señor Dios modeló al hombre del polvo del suelo e insufló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en ser vivo» (Génesis 2,7).
El alma que hay en nosotros es como la semilla del amor de Dios que, a lo largo de toda la vida, crece al ritmo de la acogida y la entrega, como la inspiración y la espiración de los pulmones, o, en el caso del corazón, la diástole, en la que el corazón se relaja y se llena de sangre, y la sístole, en la que se contrae, impulsando la sangre hacia las arterias, las venas y los capilares, para que el cuerpo viva, se mueva y se exprese.

El centurión fue testigo del don supremo del aliento que animaba a Jesús en su vida humana y terrenal, que no es solo un aliento animal, del mismo modo que nuestra alma no es solo animal, sino un espíritu creado para la eternidad. En Jesús, la coincidencia de este aliento de su cuerpo, de la exhalación de su alma, con el aliento del Espíritu Santo es el misterio de su misterio, forma parte de su identidad de Dios hecho hombre, de Hombre-Dios. La Iglesia, los Padres y los místicos han interpretado la exhalación de Jesús en la cruz como un primer soplo del Espíritu Santo, el de la primera aparición del Resucitado la noche de Pascua en el Cenáculo.

Cuando Jesús se aparece a los discípulos en el Cenáculo, con las puertas cerradas, es como si, al resucitar, no se hubiera limitado simplemente a volver a respirar, tal y como ocurre cuando una reanimación tiene éxito, sino como si su Cuerpo glorioso expresara ya el soplo eterno del Espíritu Santo, que en la Trinidad y sobre nosotros, sobre la Iglesia, es un eterno exhalar, una eterna exhalación de amor, de gracia, de consuelo, de sabiduría, de luz. El Espíritu Santo es un soplo eterno, que no necesita inspirarse, porque es un don sin origen ni fin del amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre. Este soplo, este exhalar, este exhalar sin inspirar jamás, es decir, sin recuperarse, sin necesidad de recuperarse, de volver a tomarse a sí mismo, este darse sin recuperarse, este entregarse sin contrapartida, es la absoluta gratuidad del amor de Dios, del amor que es Dios.
Como le dice Jesús a Nicodemo: «El viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu» (Jn 3,8).

Al contemplar esto, nos quedamos literalmente sin aliento. Es como cuando oímos a un cantante mantener una nota durante un tiempo que nos parece infinito. Nos deja sin aliento, porque para nosotros es inconcebible soplar sin recuperar el aliento.

El Cuerpo glorioso de Cristo nunca ha dejado de derramar sobre la Iglesia, sobre los apóstoles, sobre los discípulos, sobre cada uno de nosotros y sobre toda la humanidad ese Soplo de la noche de Pascua. Tampoco Pentecostés fue un acontecimiento puntual y circunscrito, sino el comienzo —para nosotros, pero no para Dios— de un don del Espíritu que, por su naturaleza, no puede terminar ni interrumpirse, al igual que el don del Hijo y del Padre; o mejor dicho: en el único y eterno Don que es la Trinidad en sí misma y para todos.

Esto es lo que Jesús intentó explicar a la samaritana, que no lograba comprenderlo porque nadie puede comprender ese misterio, pero sí puede creer en él, puede acogerlo, puede dejarse envolver por él: «Jesús le contestó: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva". La mujer le dice: "Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?". Jesús le contestó: "El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna".» (Jn 4,10-14)

Siempre la idea de una fuente que no puede sino dar, que no necesita alimentarse de nada más que de sí misma, que de su propio manar; la idea de un soplo que no necesita hincharse más que de su propio soplar.

La última exhalación de Cristo en la cruz es, pues, el signo físico del misterio supremo del don de su vida, de su amor hasta el final y sin retorno. El centurión vio esto, percibió esto: que el último aliento de Jesús no era tanto, o solo, el agotamiento de su espíritu vital, sino el comienzo de un don sin fin que luego el Resucitado volverá a ofrecer de inmediato, hará que sus discípulos lo experimenten en el Cenáculo, sin fin, sin vuelta atrás, sin agotamiento.

Pocas horas después de haber visto esto, cuando José de Arimatea acude a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús, el mismo centurión se siente llamado a acudir de inmediato ante Pilato, el procurador romano. Quizás, mientras tanto, había regresado a su cuartel con sus hombres, tan silenciosos como nunca al volver de aquellas misiones; tristes, como nunca lo habían estado, con una sensación de vacío en su interior. Y, sin embargo, un vacío extraño: un vacío sin ira, sin repugnancia, sin vulgaridad. Una tristeza que no los empujaba, como de costumbre, hacia el alcohol, los juegos, las mujeres o un sueño bestial, inconsciente de todo…

Quizá el centurión se sentó a la mesa, sin apetito; luego, sin haber probado bocado, se tumbó en su lecho, incapaz de dormir, mirando al techo sin verlo, con la mente y el corazón dominados por las imágenes de la crucifixión, de aquella crucifixión, de aquel Hombre, de aquel Rostro, de aquella Pasión sin lamentos, sin gritos ni blasfemias. ¿Qué debía hacer ahora él con aquella experiencia, con aquel encuentro, con aquella luz sobre el poder divino de aquel hombre que, sin embargo, ahora estaba muerto? El centurión había exclamado: «¡Verdaderamente este era Hijo de Dios!» (Mt 27,54), ¡pero el Hombre ya había muerto! ¿Qué vida debía continuar tras este suceso? Había visto a la Madre del condenado, a las otras mujeres alrededor de la cruz, a un joven discípulo lleno de dolor; los había observado mientras abandonaban aquel lugar maldito, sin dejar de volverse para mirar al muerto crucificado. Al menos ellos estaban con alguien, se querían, se consolarían unos a otros. ¿Pero él? Estaba desolado; no tenía a nadie, no conocía a nadie con quien compartir aquella cosa extraña, aquella impresión indefinible que por un instante le había parecido como un destello de luz penetrante.